MENÉNDEZ Y PELAYO Y LA CIENCIA ESPAÑOLA

CONFERENCIA LEÍDA
EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
EN LA SERIE ORGANIZADA POR EL COLEGIO DE DOCTORES DE MADRID
EL DÍA 16 DE MARZO DE 1927

POR EL

DR. D. AGUSTÍN G. DE AMEZUA Y MAYO

SEÑORAS:

SEÑORES:

Muy cordialmente agradezco al ilustre Colegio de Doctores de Madrid la inmerecida distinción que de él recibo ahora, atribuyéndome un puesto honroso en esta serie de Conferencias dedicadas a la vida literaria del inolvidable polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo. A falta de otros títulos mejores que justifiquen ante vuestros ojos severos tan honorífica merced, permitid que os recuerde siquiera el haber sido su discípulo, uno de los últimos discípulos del Maestro en el tiempo y en el aprovechamiento. Con veneración y gratitud imborrables conservo todavía las galeradas de imprenta de un libro mío que él afectuosamente revisó pocas semanas antes de su muerte. Todavía también resuenan en mis oídos las últimas palabras de cariñoso aliento que oí de sus labios la tarde del 8 de diciembre de 1911, en que unos fieles amigos, cuatro tan solo, le despedíamos en la estación del Norte, camino—decía él—de Santander, pero emprendiendo en realidad para nosotros todos ese viaje al infinito del que nunca se vuelve. Con todo eso, y apesar de las visibles muestras de agotamiento y demacración que en su aspecto advertíamos los allí congregados, no presentí entonces que el abrazo cordial que de él recibí, pocos momentos antes de arrancar el tren, fuese el postrero

Porque era tan viva, tan inquebrantable la fe que en él teníamos puesta, tan poseídos estábamos sus discípulos de su altísima misión en el campo de las letras españolas, que a todos nos parecía (perdonar lo trillado de la idea) uno de esos hombres que no pueden faltar ni deben morir, porque al morir arrancan y se llevan consigo algo que es como nuestro, en amores, en ideales, en esperanzas comunes y sentidas. Verdad es, y sírvanos de póstumo consuelo, que si el espíritu del genial escritor desató los débiles lazos que le unían a la carne perecedera y caduca, dejónos al partir los más hermosos frutos de su incansable actividad en sus libros, esos libros, repletos de doctrina y de saber, que con tanto acierto, ilustre Colegio de Doctores de Madrid, queréis evocar ahora al calor de estas conferencias. Con ello, el *Non omnis moriar* horaciano se cumplirá de nuevo, y otra vez más podremos prorrumpir también en aquellos hermosísimos versos de un ingenio esclarecido del Siglo de oro, Castro y Añaya, que parecen cortados para nuestro glorioso polígrafo, y con los cuales quiso el vate murciano recordarnos que en nosotros arde perenne una llama viva, la del propio esfuerzo, con la cual podemos convertir en eternos nuestros propios actos finitos, y en inmortal nuestro nombre pasajero:

Siglos de fama en términos de días
Te obraste; y lo que obraste, eso viviste,
Que en tus obras de eterno te concibes (1).

I

Hay en la labor ciclópea de Menéndez Pelayo una obra que se intitula *La Ciencia española*. Cuando salió a luz por vez primera, en 1876, componíala un volumen en octavo de 300 páginas escasas y de modesta presentación (2). Once años después se transformaba en tres hermosos tomos de apretada lectura y de copiosísima doctrina. El subtítulo que su autor quiso ponerla desde un principio

(1) Pedro de Castro y Añaya: *Auroras de Diana*. Murcia, 1632. Cito por la edición de Madrid, 1806, tomo II, pág. 241.

(2) M. Pelayo: *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la Ciencia española*. E. de Medina. S. A. [1876]. La segunda edición es de 1880. La tercera, de 1887-1888.

(él que tan sobrio y parco fué siempre de ellos), predica por sí solo su carácter y el propósito suyo al escribirla: *Polémicas, proyectos, bibliografía.* Cada una de estas palabras revela una nota general común a todas; *juventud.* En ella tenéis la mejor y más acabada crítica de *La Ciencia española.* La polémica, que es combate, acometividad y ardor, pide juventud: a la juventud, que no a la escéptica vejez, toca también planear, distribuir la vida, en proyectos grandiosos, henchidos de ambicion e idealismos; la bibliografía será como la basa, el fundamento primero de la homérica empresa, y luego nos dará los materiales, los instrumentos con que reducirla y coronarla. Un libro con tales rótulos no puede escribirse sino en plena juventud.

Así era en verdad: no más de diez y nueve años, apenas traspasados los linderos de la niñez, tenía Menéndez y Pelayo cuando sacó a luz este libro admirable; es la primera obra importante del futuro Maestro, es el primer vuelo del aguilucho que, recién salido del nido roquero de sus cántabras montañas, tiende su mirada penetrante, escrutadora, por el ancho y dilatado campo de la filosofía y de la historia nacional, que en inmenso y casi inexplorado panorama se ofrece cautivador delante de sus ojos. Es una visión admirable que en su tercera edición abarcará las líneas principales del paisaje científico español; desde las síntesis seguras y magistrales de las escuelas filosóficas, del saber patrio en todas sus riquísimas manifestaciones y pluralidad de órdenes, hasta el pormenor erudito, el detale bibliográfico propio del especialista minucioso. Cuando se cierran las páginas del libro, ya leído, búscanse de nuevo con cierta incredulidad las fechas de sus capítulos, porque el juicio sopesa la vasta y sólida doctrina que contienen, cuenta los años del juvenil autor, y queda perplejo, suspenso un momento, para entregarse y maravillarse al fin de que un mozo que no ha cumplido aún los veinte años sepa tanto y tan bien. Diríase cosa de encantamiento y de prodigio: es un caso portentoso, no sólo de memoria, sino de discernimiento y de raciocinio; humanamente no ha habido tiempo material de leer y asimilar tanto. Para explicar este inaudito fenómeno, único en los fastos de la literatura española, es menester poner en juego ya aquellas gigantescas e incomprensibles intuiciones que en la plenitud de su carrera le adjudicaran sus biógrafos y críticos. La mayor parte de los trabajos que componen esta obra son cartas escritas a Laverde, a *La España,* a Pidal, fuera de su tierra, en el

mezquino cuarto de una posada italiana, sin otros libros ni apuntes a mano que los pocos que puede contener la maleta estudiantil que le acompaña. Para recordar y poner en su sitio tantas citas revesadísimas de nombres, títulos y doctrinas, para que aquellas cuartillas se llenen rápidamente al empuje de su pluma nerviosa, célere juvenil, hasta trazar en rasgos admirables el cuadro general de lo que la Ciencia española fué en los pasados siglos, no hay tampoco humana explicación. Unicamente Dios puede darla, dotando con mano providísima a aquel cerebro adolescente, y concediéndole profundas y geniales visiones de sabio encanecido.

II

Y es mayor el asombro cuando se considera la época en que esta obra se compuso, y la situación política y científica de España en los años en que Menéndez Pelayo salía al campo de la ciencia española para defender sus fueros y levantar su doctrina. No seré yo quien me sume por entero a la tésis francesa que recientemente ha calificado de *estúpido* al siglo XIX. Para algunas naciones fué—a no dudarlo - siglo de venturas, de gigantescos crecimientos, de glorioso recuerdo. Mas, en lo que mira a España, aquel apelativo *estúpido* lo trocaría yo por otro, por el de *destructor* o *demoledor,* de lo genuinamente nacional. Porque el siglo XIX nace en España como poseído de un ciego frenesí destructor, que le impele, inconsciente, a arrasar, a derruir cuanto encuentra a su paso. En sus albores mismos surge la Guerra de la independencia, hermosísima página de nuestra historia patria, pero tétricamente alumbrada por las hogueras de palacios, conventos y monumentos gloriosos legados por los siglos precedentes. Con ellos arden incontables obras de arte, librerías enteras, en que nuestros mayores habían acumulado tesoros de erudición y de estudio, riquezas innúmeras materiales y artísticas, víctimas del fuego, de la rapiña, de la destrucción, tantas veces sistemática, imbécil, sin provecho para nadie, de las tropas invasoras. Hay que leer la historia de aquella guerra para tocar, con lágrimas en los ojos, los irreparables desastres que para la cultura española trajeron los soldados de Napoleón. El día en que se haga particular estudio de estas devastaciones sin cuento, acaso sea el más ignominioso baldón de su fugaz Imperio.

Humeantes todavía estas ruínas, brotan impíos y destructores nuevos incendios, nuevos asolamientos que acompañan a aquel espantoso pecado de sangre que se llama «la matanza de los frailes». ¡Cuán vivo dolor nos causa a cuantos consultamos en nuestros archivos los índices y papeles de las bibliotecas que pertenecieron a los conventos extinguidos la falta de tantos códices y manuscritos suyos que se perdieron para siempre! Época lastimosa, en que nuevamente se sacan a la plaza pública, cuando no a los estercoleros, las riquezas artísticas y bibliográficas que encerraban nuestros conventos (1). Nubes de agentes mercenarios, al servicio de mercachifles exóticos, caen como aves de rapiña sobre tantas riquezas, que abandonan el solar patrio para no volver jamás. Muchas se destruyeron; otras buscadlas, que las encontraréis a millares, en Museos y colecciones extranjeros: en Cluny, en el British Museum, en South Kensington, en el Louvre; no habrá Pinacoteca ni librería en Europa que no se haya enriquecido con estos despojos, comprados por unos pocos ochavos, y que antaño constituían el patrimonio cultural de la nación, donde nuestros abuelos bebían su saber y educaban su gusto.

A la matanza de los frailes suceden las dos guerras civiles, la *gloriosa,* el cantonalismo; cada uno de estos tristes episodios de nuestra historia contemporánea dejará tras de sí nuevas ruinas y dilapidaciones, que irán empobreciendo el tesoro espiritual de la nación. España va quedando vacía. Convertida además en un mar de agitadas pasiones, no hay lugar, ni actividad, ni ambición sino para la política, y un algo para la literatura, que a par de ella fácil y románticamente brota. Las ciencias fundamentales: la filosofía, la historia, la teología,

---

(1) No hay exageración alguna en estas palabras. Véase, entre otros numerosos testimonios semejantes, lo que dice un experto y viejo librero, don Antonio Palau y Dulcet en su *Manual del librero hispano-americano* (Barcelona, 1923; tomo I, pp. VI y VII) evocando las memorias de su niñez: «Otro de los recuerdos que más nos inquietan es el de los expurgos efectuados por los libreros con tienda abierta. Hacia 1889 éstos vendieron a colegas que no tenían más medio de dar salida a su mercadería que el de la feria multitud de sacos repletos de libros y considerados como morralla... eran tan abundantes que se podían comprar muchos de ellos por la ínfima cantidad de un real. Allí, arrojados al suelo en abigarrado montón, y a merced de todo el mundo ví incunables de los más primitivos en letra romana, góticos e italianos del Dante y del Petrarca... primeras ediciones de nuestros clásicos castellanos... en fin, verdaderos tesoros que a nadie interesaban y cuya destrucción era fatalmente inevitable.»

las auxiliares de estas disciplinas, bibliografía, exégesis, lenguas clásicas, no digamos las ciencias experimentales, arrastran una vida lánguida y vergonzante. De las numerosas Universidades con que España contaba al comenzar el siglo, no quedan cuando termina más que que unas pocas, y éstas despojadas de sus bienes, de sus privilegios, de su autonomía. Todas las demás desaparecen, barridas por el huracán centralista, y con ellas los famosos Colegios Mayores de Salamanca y Alcalá, viejas y beneméritas instituciones, de cuyas aulas salieron tantos varones insignes de humildísimos orígenes (¡hermosa democracia!), y cuya constitución en vida autónoma e independiente del Poder central admiramos hoy en los Colegios que componen las ciudades universitarias de Oxford, de Cambridge y de tantas otras similares de América. Es un prurito furioso, vesánico de destruir por destruir; destruir todo sin edificar nada, pretendiendo sustituir ingentes monumentos culturales, instituciones que los siglos y las glorias consagraron. por páginas de la *Gaceta,* petulantes y huecas... ¡Qué demencia y cuánto dolor! Roto el hogar universitario; disueltas las Ordenes conventuales y aventados sus tesoros bibliográficos, ¿qué ciencia española cabía esperar de tan espantoso caos? Mientras que en las demás naciones el tránsito de la edad moderna a la contemporánea se hizo, aunque en agitación y efervescencia, inevitables en toda era de transformación político-social, conservando substancialmente los valores educativos y científicos que habían de servir de jalones y asiento al formidable avance que se columbraba ya en la segunda mitad del siglo XIX, nosotros, por desdicha, no sabíamos colocar la lápida conmemorativa de la Constitución, símbolo de la libertad, en cualquier villorrio, sin ahorcar primeramente a dos facciosos, demoler un convento, y convertir en cartón o papel para especiero sus archivos y bibliotecas. ¡Como si para propugnar la libertad contra el odioso absolutismo fernandino no hubiese sido más lógico adoctrinarse en aquellos libros, impiamente destrozados, y donde yacía la doctrina varonil, audaz, castizamente liberal de nuestros tratadistas, encarnada en nuestras antiguas Cortes y Municipios!

Y no es que yo hubiera abogado por la subsistencia íntegra de todas aquellas instituciones culturales, corroídas unas, empobrecidas o debilitadas otras, por obra del absurdo centralismo que el cesarismo borbónico impuso un siglo antes. Todos las más pedían en efecto honda reforma y radical renovación: pero sin destruirlas, conservan-

do su esencial estructura, como otras naciones hicieron, e injertando en los añosos troncos, sin talarlos ni descuajarlos, la savia nueva que el nuevo siglo traía consigo, acatando con ello a la vez la acción evolutiva de los tiempos. Por eso tengo para mí que el error capital del siglo XIX, del que arrancan por desdicha gran parte de los males que hoy mismo padecemos, fué no haber sabido ni intentado siquiera injertar el pasado en el presente, *ligar la tradición con el progreso,* fórmula que, en mi humilde entender, hubiera sido salvadora, ahorrándonos tantos y tantos infortunios como luego vinieron.

En esta fórmula a mi ver se cifra y resume el espíritu que anima el libro de *La Ciencia española.* Porque con ser tan lamentables las ruinas materiales, las pérdidas artísticas y bibliográficas que empobrecieron el acervo cultural de España, hubo una ruina, una pérdida más dolorosa aún: la de la tradición científica española, no interrumpida desde la fundación del gran y general estudio palentino por Alfonso VIII, y que misteriosa, pero latentemente, se habían venido transmitiendo a través de los tiempos unas a otras generaciones. Pero llega el siglo XIX, y hondas simas y barreras infranqueables cortan y detienen el curso de la tradición. Para explicar este fenómeno no bastan los trastornos políticos ni las guerras incesantes; unos y otras habían abundado en los siglos XVI y XVII, y en ellos llegó a su máximo apogeo la cultura nacional. La verdadera causa de esta parálisis la encuentro yo en el insensato prurito que desde el XVIII nos lleva a imitar y plagiar todo cuanto viene de fuera, pestífera manía que contagia por igual a los innovadores políticos como a los hombres de ciencia, y al par de los Códigos y sistemas de gobierno, importados principalmente de Francia, las doctrinas francesas en estética, en filosofía y religión se difunden e imperan también sin serios obstáculos por toda la península. España, de espaldas por completo a su gloriosa tradición, comienza entonces a no verse a sí misma; es como una miopía, leve en su origen, para todo lo genuino y nacional, que con los años progresa y se agudiza hasta convertirse en total ceguera, en absoluta insensibilidad. Al pasado científico español rodéanlo las sombras más densas; si algunos resplandores lo iluminan son los tétricos de las hogueras inquisitoriales: a su luz lívida se estudia la llamada historia de España... y se aprende a infamarla también. Ambas leyendas negras, la histórica y la científica, pasean triunfadoras por Europa y consuman la obra nefanda de la desconceptua-

ción nacional. Inútil resistirse: unas y otras pesarán como losas sepulcrales sobre las conciencias, sobre los entendimientos de aquellas infelices generaciones. De lo que fué la leyenda negra en la historia queda un libro imperecedero: el del malogrado Juderías; el de la leyenda negra en la ciencia española está por hacer; pero por desdicha es cizaña abundantísima en todo el siglo XIX, y no habrá obra de texto, historia filosófica, revista de campanillas o discurso parlamentario en que no campeen estas voces tonantes, despectivas y maldicientes del pasado científico español.

Ya en las aulas mismas las ha escuchado, nervioso, Menéndez Pelayo: y recién salido de ellas vienen a retarle de nuevo por boca de una de las revistas más en boga y autorizadas entonces, reto felicísimo, porque de él dimana este libro sin par de *La Ciencia española.* ¡Pero qué tristes y desconsoladoras son! Para unos, la actividad científica nacional se ahoga casi por completo durante tres siglos: para otros, la filosofía española es un mito, y soñadores y visionarios cuantos la afirman y defienden: quienes aseguran seriamente que los hombres de ciencia de entonces vivieron bajo el triple yugo de todos los despotismos, de todas las intolerancias, de todas las supersticiones: quienes añaden que el cultivo de la ciencia a la sombra de la fe es una abyección moral; en suma, son las mismas inepcias, los mismos conceptos despectivos e irritantes con que un Mr. Masson tratara la obra de España en las páginas campanudas de la Enciclopedia, los lugares comunes, vacuos y manidos de «la intolerancia sistemáticamente organizada»; de «la bárbara pereza»; de «la crueldad fría y refinada»; del «poder teocrático implacable y tenaz»; de «la muerte del pensamiento, sustituído por la calma de las tumbas» (1); en suma, todas las cuerdas de la lira doceañista que habían resonado ya bajo las bóvedas del oratorio de San Felipe, y que vuelven a retumbar de nuevo voceadas en libros, revistas y discursos. Y hay algo más doloroso aún en todo este episodio, y es, que quienes propalan y definen *ex cathedra* tales dislates, no son principiantes, ni demagogos, ni oradores de mitin que buscan el aplauso seguro en el latiguillo fácil: no; son nuestras más reconocidas capacidades intelectuales a la sazón; hombres curtidos en el estudio; graves profesores, políticos que han

(1) Todos estos pasajes están tomados literalmente de citas de *La Ciencia Española,* en su 3.ª edición.

alcanzado las más altas magistraturas, colaboradores de las revistas más serias, académicos famosos, varones todos de indudable y vigoroso entendimiento, pero herméticos, impenetrables a todo lo tradicionalmente español, y hostiles a cuantas doctrinas no traigan el marchamo científico de la Universidad alemana de turno. Son Revilla, Sanz del Río, Salmerón, Azcárate, Núñez de Arce, Castelar, Perojo, figuras que hoy llamaríamos cumbres de la intelectualidad de su tiempo.

Contra estos poderosos gigantes, cual nuevo David, aparece en la liza un joven desconocido, fresca aún la tinta de su título universitario, quien, esgrimiendo las poderosas armas de su erudición asombrosa, de su segura dialéctica, combatirá con ellos denonadamente, hasta vencer a todos y ponerlos en franca y silenciosa huída. ¡Qué noble es la causa y cuán simpático el gesto!

«*La verdad está oculta: pero nada hay más precioso que la verdad*» (1). Estas palabras admirables del filósofo tudense, Francisco Sánchez, son como el mote de la heroica, de la ímproba cruzada que entonces emprende Menéndez Pelayo, y cuyos primeros combates se librarán en las páginas de *La Ciencia española*. Como la verdad, también la ciencia nacional está oculta, soterrada entre tantas ruinas materiales y espirituales amontonadas por el siglo XIX. Hay que descubrirla primero, para mostrarla resplandeciente después, probando a tanto escéptico, cuando no calumniadores de ella, que España ha tenido filósofos de primera línea, historiadores, exégetas, matemáticos y astrónomos. Para ello hay que remontarse lejos, muy atrás: hay que ascender casi a la cuna misma de la nacionalidad, cuando España, sojuzgada por Roma, no puede aún ostentar este título, pero donde brillan ya hombres ilustres, genuinamente nuestros, porque sus doctrinas científicas, sus teorías morales no murieron con ellos, sino que comunicadas por unas a otras generaciones van labrando el carácter de la raza, la típica psicología del pueblo español. Y así, el primer filósofo que Menéndez Pelayo exhuma y presenta a sus contradictores es el de Séneca, «uno de los tres maestros de la raza ibérica», como él dirá en frase sintética y comprensiva, sagaz observación, por que tanta es su influencia en la cultura hispánica que, desde la moral pura hasta las obras mismas de pasatiempo, novelas, apotegmas y

(1) *La Ciencia Española,* II, 184.

dichos graciosos, todo aparece impregnado de senequismo en los siglos XIV al XVII, como a diario advertimos y palpamos cuantos hacemos particular estudio de estas cosas. Y en la noche misma de la Edad Media, cuando después de la irrupción de los bárbaros parecen apagarse los más altos luminares del saber humano, el polígrafo montañés, nos mostrará otros varones eminentes, que, no por diferencias étnicas o contraria religión, pierden su carácter ibérico, tales como Averroes, Maimónides, Abentofail, singularmente el primero, cuyo nombre y doctrina todavía eran familiares a nuestros escritores clásicos del siglo de oro. Y cuando el Renacimiento abre sus puertas e irrumpe la falange gloriosísima de pensadores y artistas que eternizarán este período, no es un catálogo monótono de nombres y de títulos lo que surge al conjuro de su erudición pasmosa, no; para Menéndez Pelayo hay algo más que una actividad científica dispersa, aislada y estéril; hay *una verdadera tradición científica española*, original y castiza, que se manifiesta en tres sistemas, que él diputa, califica y proclama como escuelas filosóficas genuinamente nacionales; el *lulismo,* el *vivismo* y el *suarismo,* «tres creaciones filosóficas españolas—nos dirá él—con influencia en el mundo, con escuela y tradición dentro y fuera de casa, con todos los caracteres, en fin, que pida el más exigente para que haya filosofía que en rigor pueda llamarse nacional». (1) Y sentada la tesis, ¡con qué entusiasmo la defiende! ¡con cuán íntima convicción la propugna! Ante su pluma mágica toman corporeidad, gracia y movimiento las más abstrusas proposiciones filosóficas; los ingentes infolios, que cubiertos de polvo duermen en sus estantes un sueño secular, sacudirán su sopor, y abriéndonos prometedores sus páginas, dejarán brotar pensamientos profundos, audaces teorías, atisbos geniales, coincidencias insospechadas con otros filósofos y doctrinas, que el mundo admira y consagra porque tuvieron la suerte de nacer lejos de España.

De Lulio nos dirá que es «una de las inteligencias más colosales, profundas y sintéticas de todos los siglos», fundador de una escuela que en Mallorca sostiene cátedras especiales y da a luz en Maguncia, para asombro de propios y extraños, la gran edición de sus obras.

---

(1) No considero necesario citar los lugares de *La Ciencia española* de donde voy tomando a cada momento los párrafos de M. Pelayo, alegados en el texto. Unicamente lo haré cuando se trate de citas de otras obras suyas.

En Suárez, el Doctor eximio granadino, que cuenta a centenares sus discípulos, advierte sagazmente que, aunque fué rama desgajada del tronco del Tomismo, lo es al modo de las escuelas filosóficas alemanas, que proceden de Kant sin perder por eso su personalidad vigorosa, describiéndonos sus esfuerzos giganteos para resolver ante los ojos de la razón humana aquel insoluble problema, el más trascendental acaso para la teología católica, el de la concordancia entre la predestinación, la gracia y el libre albedrío.

Pero donde Menéndez Pelayo se levanta en términos de la más arrebatadora convicción es trazando la semblanza del gran pensador valentino, de su maestro favorito, Luis Vives, que es para él el más prodigioso obrero del Renacimiento, quien más valientemente clamó contra la barbarie de la escuela, varón eminente que, después de haber visto y considerado con erudición y sagacidad maravillosas cada parte del saber, tal como entonces se cultivaba, anticipándose a Bacon y Descartes, procedió a trazar un método de renovación de las ciencias, sembrando no ya ideas, sino sistemas a granel.

Y cuando ante tan impetuosa y magnífica réplica sus adversarios enmudecen, reconociendo implícitamente que España produjo profundos y originales pensadores que alimentaron con sus estudios y teorías aquel insaciable anhelo de saber que llena la Península Ibérica de Universidades y de Cátedras, en número y con dotaciones tan espléndidas que hoy nos asombrarían si las estudiáramos; y refúgianse sus enemigos en el tópico gastado que sobrarían teólogos, pero que carecimos en cambio de otras manifestaciones de la actividad científica, no contento Menéndez Pelayo en rebatir también y cumplidísimamente tan torpes asertos, probando que asimismo tuvimos hombres de ciencia que cultivaron las exactas físico-naturales, con caracteres geniales unas veces y con brillantez y continuidad siempre, vaciará los tesoros de su erudición portentosa, de su felicísima memoria, de sus infatigables búsquedas en las Bibliotecas y Archivos de España, Francia, Italia, Portugal y Bélgica, y en el tomo III de esta obra nos trazará aquel soberbio *Inventario bibliográfico de la Ciencia española,* remate y coronamiento sin par de las pasadas polémicas, inmenso panorama, donde como en aquella ciudad imaginaria que concibió Campanella, o a modo de una nueva *República literaria* se alinean y muestran en colosal parada las obras más famosas con que el pensamiento nacional durante los pasados siglos contribu-

yó a la cultura y enseñanza del mundo, su participación gloriosa y benemérita en el uso de la razón humana. ¡Qué organización cerebral más extraordinaria revela este *Inventario!* ¡Qué vastedad de conocimientos! ¡Qué infatigable diligencia y portentosa actividad de trabajo! Y juntamente, ¡qué prueba más irrebatible y plena de la tesis que campeaba en los significativos vocablos que integran el título de su libro: *La Ciencia española!* A la luz de estas palabras, de tal modo bañadas de resplandor, aparecen lógicas y palpables aquellas otras, a primera vista un tanto hiperbólicas, con que un Embajador italiano, tan sagaz observador como todos ellos, remataba el acostumbrado discurso o relación de su mandato a la Señoría de Venecia: «Dos cosas hallé en España—decía—que me alegraron mucho y las deseo para otras provincias; bien asentada la religión católica, y *estar llena de hombres doctísimos en todas letras y facultades...* cosa digna de alabanza y aplauso» (1).

¡Triste sino el de España que ha de buscar siempre en labios extranjeros reparación a la disfamia que tantas veces publican los nuestros ingratos!

III

Hay en la batalla que el joven montañés libra en sus mocedades en defensa y reivindicación de *La Ciencia española* un episodio tan altamente ejemplar y significativo, que obraría deslealmente con vosotros si lo callara ahora, ya que en él suben de punto el brío, el valor y el temple extraordinario de su acerado espíritu. Refiérome a su defensa de la Inquisición española. Cuando Menéndez Pelayo escribe sus cartas a Laverde ha transcurrido ya más de medio siglo desde la abolición del Santo Oficio por las Cortes de Cádiz: pero todavía queda el rescoldo de las encendidas disputas, de los ruidosos debates que acompañaron a aquel suceso memorable, dejando largo rastro de folletos, libros y papeles sueltos, bien en impugnación, bien en defensa del famoso Tribunal. La Revolución de septiembre ha reavivado aquellas polémicas en su aspecto histórico, y frecuentemente el tema inquisitorial se evoca y dilucida, para clavarlo a la postre en

(1) Barozzi-Berçhet: *Relazioni degli Stati europei lette al Senato degli Ambasciatori Veneti...* Venezia, 1856 (serie I, tomo I, pág. 335).

la picota parlamentaria en baldón y escarnio de la España antigua. Apenas si se levanta una tímida voz, o muévese una pluma medrosa en justificación teórica de aquella institución jurídica, concordando tiempos y doctrinas, sin lo cual no puede haber juicio sereno. Para la casi totalidad de los historiadores y críticos la Inquisición es un aborto del despotismo, un estigma indeleble de la historia nacional. Las más eminentes autoridades científicas dentro y fuera de España juntan sus voces para execrar los nombres de Torquemada, de Valdés, de Quiroga, de Felipe II, a quienes califican de vergüenza del género humano. No quieren acordarse de que en Francia, en Inglaterra y en Alemania han funcionado en la Edad moderna, casi en nuestros mismos días, otros tribunales más sangrientos, más arbitrarios e implacables, que sus víctimas son legión si se comparan con las del Santo Oficio español; únicamente para éste guardan sus condenas y maldiciones. ¡Y qué nombres los de sus jueces! Es Taine, la gran figura del positivismo francés, quien nos pintará con lúgubres colores unos Autos de Fe donde perecen en las llamas *treinta mil* relajados (1). Es Guizot que afirma que en los países donde no hubo lucha religiosa, como en España, el espíritu humano cayó en la más profunda inercia. Es Oliveira Martins que atribuye a la Inquisición culpa principalísima en la decadencia peninsular (2). Y con ellos Mad. de Stäel, Macaulay, Weiss, Mignet, Prescott, Ticknor... (3) Y estos son los maestros, oráculos de su tiempo, acatados y seguidos por todos. ¿Qué dirán sus discípulos, la gentecilla *plus minusve* que agita sus plumas en los diarios progresistas, o que hace oír sus destempladas voces en los clubs revolucionarios y hasta en las mismas cátedras y Academias? Respirando este ambiente, uno de los adversarios de Menéndez Pelayo, hombre docto en otras disciplinas, don José del Perojo, puede escribir con todo aplomo en la Revista más reputada de entonces estas altisonantes palabras: «No hay más que recorrer las páginas del sangriento libro del martirologio español para advertir cómo al primer paso de un talento extraordinario, a la primera creación de un espíritu reflexivo, acudia presurosa la Inquisición a extin-

---

(1) Taine: *Essais de critique et d'histoire.* París, 1882, págs. 358-370.

(2) J. P. Oliveira Martins: *Historia de la civilización ibérica.* Madrid, 1894, páginas 334-363.

(3) Juderías: *La leyenda negra.* Barcelona, s. a. (2.ª edición) págs. 315-328.

guir con el fuego de las hogueras toda su obra... ¡Cuántos hombres ilustres tuvieron que sucumbir! Larga sería la lista de científicos que perecieron en las hogueras de la Inquisición». (1)

¿Quién será el valiente—se diría Perojo—que osará contradecirme? ¿Quién? Ahí está nuestro erudito cántabro, que sin cuidar de humanos respetos, sin temor a las burlas mordaces y sarcasmos irónicos que su generosa acción habrá de acarrearle, no vacilará en recoger la cita, levantar el guante y entrar nuevamente en pelea. ¿Por qué no? ¿Por qué en lugar de condenar a priori un hecho, una institución jurídica cualquiera, incorporada a nuestra historia nacional, sin más razón que nos enfada o repugna, no hemos de tomarnos el trabajo de estudiarla y conocerla, serena, imparcialmente, libres de todo prejuicio y horros de apasionamientos? ¿Acaso un benemérito historiador belga como Gachard no tuvo que obrar así para deshacer los errores groseros que, como verdades inconcusas, venían corriendo por el mundo desde los tiempos de Brántome, Saint-Real y Schiller sobre la muerte del Príncipe don Carlos, ordenada según ellos por Felipe II? ¡No!; la verdad ante todo, sea lo que sea, por mucho que rectifique nuestras íntimas convicciones o desagrade a nuestro amor propio. Y para discutir, nada de palabrería hueca, ni gestos desdeñosos, ni actitudes de superhombre. La Historia es un Tribunal que no consiente otro lenguaje sino el de las pruebas. ¿Que el Santo Oficio quemó a millares los sabios, los literatos y los artistas? Pues a echar mano de los procesos originales, que aun quedan bastantes (¡cuán pocos somos los que los hemos manejado!) y de las historias y manuscritos del tiempo, que no callaban la relación de los Autos de Fe, dejándonos detalles minuciosos de cada uno, y, a la vista de ellos, formar la estadística irrebatible de las presuntas víctimas. ¿Qué aherrojó el pensamiento humano, condenando o suspendiendo la impresión de las obras más geniales? Pues al alcance de cualquiera están en nuestras bibliotecas los Indices expurgatorios, y cuando sean raros sus ejemplares no faltará algún alemán como Reusch (2) o un yankee como Huntington que los reproduzcan en ediciones asequibles a todos. Pruebas, pruebas es lo que

---

(1) Apud. *La Ciencia Española,* II, 59 y 60.

(2) Fr. Heinrich Reusch: *Die Indices librorum prohibitorum des sechzehuten. Jahrhunderts.* Tubingen, 1885, 4.°

—*Der Index der verbotenen bücher...* Bonn, 1885, 3 vols. en 4.°

exige el tema y reclama en su tiempo Menéndez Pelayo, no faramalla vocinglera ni gárrula retórica. Y cuando a falta de demostración de la tesis contraria presenta la suya en estas páginas de *La Ciencia española* nuestro alentado montañés, la verdad quedará en su punto, y una serie de conclusiones firmes, incontrastables, flotarán al final sobre las aguas de la triste polémica; a saber, que no hubo tal opresión del pensamiento ni de la ciencia: que no cabe señalar un sabio, un solo sabio que en más de tres siglos pereciera en las hogueras inquisitoriales; que sus víctimas, víctimas por reos de un delito definido y penado a la sazón, no por el Tribunal de la Fe, sino por los Códigos vigentes entonces, el Fuero Juzgo, las Partidas, el Fuero Real, no pasaron de judaizantes oscuros, moriscos indoctos o protestantes adocenados, nigromantes o brujas (éstas en proporción inmensamente menor que las condenadas en Francia, Inglaterra y Alemania por Tribunales civiles), y que el *sangriento martirologio científico* en la Península, durante el largo transcurso de tres centurias, queda reducido a un poeta mediocre (éste en Portugal) y a un predicador de mediana talla, en total dos nombres, sin los cuales se pasaría harto bien nuestra historia literaria.

Y siguiendo su ardorosísima defensa del Santo Oficio, tal como fué en España, donde no se quemó a ningún Giordano Bruno, ni Cecco d'Ascoli, ni se persiguió a ningún Galileo, ¡cómo sale de su pluma limpia y magnífica la tesis de que la prohibición y expurgo de algunos libros para nada detuvo la soberbia expansión del pensamiento español en aquellos siglos, y que las obras clásicas circularon libremente, sin traba alguna, reduciéndose las prohibiciones a libros obscenos, algunos (no todos) de Astrología judiciaria, los de suertes y hechicerías y los de propaganda protestante! Y en estas prohibiciones,—dice M. Pelayo—que la Inquisición *obró perfectamente.* Y no se alegue, como lo ha hecho algún biógrafo reciente de don Marcelino, que estas fueron exageraciones suyas, y que la defensa de la Inquisición es tema secundario en su libro sobre *La Ciencia española,* y hasta que en los últimos años de su carrera pensaba de modo diferente. No: lo que en Menéndez Pelayo asombra no es la erudición precoz, sino el juicio magistral, lúcido y seguro en su misma mocedad, juicio que se mantiene casi incólume durante el resto de su vida. Por eso en sus postrimerías, en la posesión plena y cabal de su poderoso entendimiento, escribirá en el hermoso prólogo a la segunda edición de los

Heterodoxos, aludiendo a la excesiva acrimonia o intemperancia de expresión con que en la primera había calificado ciertas tendencias o juzgado de algunos hombres: «*de casi todos pienso lo mismo que pensaba entonces*» (1). Y obraba con lógica: pues ¿por qué había de cambiar Menéndez Pelayo y menos aún en materia tan de bulto y grave como ésta? La verdad histórica es una sola, y las conclusiones que de su estudio sacamos no pueden mudarse mientras no alteremos los hechos que han servido de premisas al juicio para su operación discursiva; y como los hechos sobre los sabios tostados por la Inquisición y los libros condenados a las llamas por el temible Tribunal eran los mismos antes y después de escrita *La Ciencia española,* no tuvo su glorioso autor por qué ni para qué rectificarse. Lejos de eso, años después vinieron en pos suyo otros investigadores, como H. C. Lea, Schaffer, Gaffre, Douais y tantos más, para vergüenza nuestra todos extranjeros, que propugnaron la misma tesis, llegando después de pacientes estudios y voluminosos libros a conclusiones muy parecidas a las del polígrafo montañés. Quien no tuvo empacho, por último,—cerrando la polémica,—en afirmar resueltamente que el Santo Oficio fué una de nuestras más españolas y castizas instituciones.

Acaso, a muchos de vosotros os parezca forzada en demasía esta actitud de M. Pelayo en relación a un tema que, como el de la Inquisición, tantos odios y execraciones levanta al simple anuncio de su nombre. Yo sólo sé deciros—ya que aquí actúo como simple relator de estos sucesos—que después de escritas sus memorables cartas en apología de la Inquisición española nadie se atrevió a discutir con él sobre tan espinoso tema, ni tampoco con Valera, que había sostenido puntos muy semejantes a los suyos en su famosa contestación académica a Núñez de Arce (2); y que en 1894, estudiando de

(1) *Historia de los Heterodoxos españoles.* Madrid, 1911, tomo I, pág. 35.

(2) «Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, letras y arte, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intransigencia religiosa: los siglos XVI y XVII.» ...«¿Fué la atroz crueldad de la Inquisición la que atajó el vuelo de nuestro espíritu, ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no.» *(Discursos leídos ante la R. Academia Española en la pública recepción del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.* Madrid, 1876. págs. 53 y 69.)

nuevo las causas del esplendor y decadencia de la cultura científico-española, revalidó la opinión antigua de su mocedad de modo rotundo y categórico, diciendo que para nada influyó en aquella decadencia la intransigencia religiosa. «¿Habremos de acudir—concluía—al desesperado recurso de echar el muerto a la Inquisición, cómodo aunque gastado tópico con que los españoles solemos explicar todos aquellos fenómenos de nuestra historia que no entendemos ni queremos estudiar a fondo?» (1) ¿Está claro? ¿Queda alguna duda?

IV

Despejado y libre de enemigos el campo de la Ciencia española, puestas en su verdadero punto las cosas, no hay que emperezarse en un ditirambo retórico o infecundo de sus pasadas grandezas: al pensamiento tiene que seguir la acción, y Menéndez y Pelayo, según ha dicho un eruditísimo escritor italiano, Farinelli, en el estudio quizás más substancioso que se ha escrito hasta el día sobre el Maestro (2), piensa que de la vida hay que echar los sueños y las sombras, que la vida no es otra cosa sino palestra de acción, lucha con la intensa realidad. La Ciencia española está olvidada y preterida: hay que restituirla todo su prístino esplendor. ¿De qué modo? Esta es la segunda parte de su libro, que por algo ha puesto en su portada la palabra *Proyectos*. ¡Cuántos y cuántos! ¡Cómo hierve en ellos la mente juvenil y entusiasta de su denodado vindicador! Pero, como experto lógico, señalará ante todo el blanco, el objetivo de su empresa. Todas aquellas gloriosas figuras que en el ardor de la pelea y al conjuro de su voz acudieron a sostenerle, Vives, Gómez Pereira, Sabunde, Fox Morcillo, han vuelto a sus tumbas: «todo esto pasó—nos dirá más tarde—, nadie pretende que la actividad de nuestros hombres de ciencia se emplee nuevamente en un trabajo de reconstrucción histórica: *queremos la renovación de la Ciencia española, no su testamento*» (3). Menéndez y Pelayo era hombre de singular poder de sin-

(1) *Estudios de crítica literaria.* Cuarta serie. Madrid, 1907, pp. 338-339.

(2) Publicado primeramente en la revista *Estudio* (noviembre de 1914) e incluído luego en sus *Ensayos y discursos de crítica literaria hispano-europea.* Roma, Fratell Treves, 1925. Vol. I, págs. 173-244.

(3) Ibidem, pág. 334.

tesis en la expresión de sus ideas. Por lo mismo que abominaba de la vana garrulería, de la retórica como fin, del casticismo rebuscado y artificioso, las palabras en Menéndez y Pelayo tienen una mayor significación y hondura que en otros escritores. Así, en esta sobria y tersa frase: *queremos la renovación de la Ciencia española, no su testamento,* nos entregará todo el contenido de su pensamiento, el programa cabal de su vida entera. Hay que renovar la Ciencia española, probando primero que la hubo, y dedicándose después a su reconstrucción, disciplinada, severa, formal. ¿Cómo?, repito. Sus tres volúmenes de *La Ciencia española* están henchidos de nobilísimos proyectos. Y no creáis que son quimeras, ensueños propios de un exaltado visionario. ¿Qué quimeras hay en la creación de aquellas seis cátedras que propone para el doctorado universitario—recogiendo ideas de su entrañable amigo y mentor Laverde—, seis cátedras que abarquen la historia en España de otras tantas ramas en que orgánicamente la Ciencia se divide: Derecho, Medicina, Ciencias físico-exactas, Filosofía y Filología? Y todo esto en la Universidad, porque Menéndez y Pelayo es un entusiasta de ella, y por ello hacéis bien, Ilustre Colegio de Madrid, en pagarle ahora la deuda de gratitud que la Universidad tenía contraída con él. ¿Qué ensueños hay en aquellos otros planes que traza? Fundaciones de Revistas dedicadas a estas especialidades: creación de Sociedades de Bibliófilos, concursos bibliográficos y certámenes literarios, reforma de la Facultad de Filosofía y Letras, centro nato de todos estos estudios... ¡Cuántos y cuántos proyectos generosos que en su pasión juvenil por la Ciencia española, lleno de ilusiones y de optimismo, propone a su amigo Laverde, colaborador espiritual de esta obra, como tan sentida y sobriamente nos relataba noches pasadas su laureado biógrafo el señor Artigas! «Casi todo está por hacer en España en materia de monografías expositivo-críticas; —le escribe —hay que exhumar y quilatar los tesoros allegados por las generaciones literarias que nos precedieron en el suelo ibérico». Y señalando el objetivo, añade estas palabras que deberían esculpirse en el frontispicio de nuestras escuelas y Universidades, para perpetua y constante lección de las futuras juventudes: «De sofistas y oradores de Ateneo estamos hartos en España. La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los Krausistas: la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas». ¡Magnífico blasón! ¿Qué im-

porta que los demás no le escuchen y que buena parte de la semilla se pierda entre abrojos y zarzas?: alguna caerá en tierra fértil; y, sobre todo, él no vacilará un instante, y abrazándose estrechamente con la causa bendita que exalta, nos dará durante los 36 años que le restan de vida la más asombrosa y pura de las lecciones: su propio ejemplo.

Hay un pasaje a propósito de lo que es el estudio en uno de nuestros clásicos ingenios, nunca citado, que me parece proféticamente escrito para Menéndez Pelayo. «El estudio—escribía a mediados del siglo XVII un panegirista del Conde Duque de Olivares, don Francisco de Balboa y Paz—es un ocio con ocupación y es una ocupación con ocio; sería de mucho gusto, si no fuese solo del entendimiento; debilita el ánimo, enflaquece el cuerpo, mas es su daño suave por lo que tiene de insensible. Estar siempre entre los libros es un morir entre vivos y un vivir entre muertos, y es un morir a todos y casi aun a sí mismo morirse (1)». *¡Un morir entre vivos y un vivir entre muerto!* ¡Qué frase tan bella y cuán profunda verdad! Porque cuando Menéndez Pelayo se traza la vocación de su vida, y hace votos solemnes de profesar en la estrecha religión de una nueva caballería, la Ciencia española, olvidada, proscrita y adorable, como Dulcinea y dama de sus ensueños, sabe bien que la nueva orden en que profesa tiene estatutos muy severos y rígidos: que hay que despreciar al mundo, de los honores, de las riquezas, de la popularidad, a tantos espejuelos como al hombre y singularmente al mozo atraen y fascinan en los comienzos de la carrera, que hay que vivir entre los hombres como un muerto, morir para todos y vivir únicamente para las sombras que pasaron. Y ¡cuán hermosa, austera y ejemplarmente cumplió estos votos durante el transcurso de su no corta jornada! Quienes tuvimos la fortuna de tratarle de cerca y le visitamos, cuando a menudo en la celda de cenobita que aquí arriba, en este mismo caserón, alojó al Maestro tantos años, cuando de tarde en tarde en aquel inolvidable despacho de su casa de Santander, donde aun le representa mi retina, moviéndose con paso que no dejaba de ser ágil en medio de aquella pieza un tanto destartalada, en que las sillas desaparecían bajo montones de libros, la mesa anegábase en un mar de papeles, y la luz penetraba a raudales por aquellas am-

---

(1) *Retrato del Privado christiano politico deducido de las acciones del Conde Duque.* Nápoles, Octavio Beltrán, 1635, pág. 8.

plias vidrieras, podemos dar fe a la posteridad, si la posteridad necesitase semejantes testimonios, de cómo Menéndez Pelayo sirvió aquellos votos hechos en la edad primera en defensa y restauración de la Ciencia española. Cierro los ojos y véole con los de la imaginación, años tras años, clavado ante aquella mesa, mientras las horas transcurren silenciosas y rítmicas. Huyeron ya los días lejanos de la mocedad. Por los anchos ventanales acaso no penetre ahora la luz estival que caldea el cuerpo y da encanto y alegría a la vida; tiemblan los cristales que azota la lluvia y sacude la galerna de sus costas cántabras, por él descrita en robustos versos; pocos se acordarán entonces que hay un hombre en la estancia que, olvidado de todos, solitario, de espaldas al mundo, en un cabo de España, va llenando cuartillas y cuartillas de letra nerviosa, de rasgos finos y levantados, como si también ella apuntase al ideal que ilumina su cerebro, y que de aquella celda van saliendo libros inmortales, obras que alimentarán las inteligencias de las futuras generaciones, que, como tan gallardamente nos decía el señor Artigas noches pasadas, serán como los hitos que señalen rumbos ignotos a los nuevos investigadores y estudiosos, libros, en fin, que probarán ante el mundo que en nuestro solar ibero hubo algo más que inquisidores crueles, frailes fanáticos o místicos epilépticos; y la *Historia de las ideas estéticas*, los *Prólogos* al Teatro de Lope, la Historia de nuestra novela, la de la Poesía Castellana y tantas otras más darán fe cumplida también que aquellos planes y proyectos, que el exaltado mozo columbró con visión genial en el cuartucho sórdido de una posada italiana, no fueron alucinadas quimeras, sino que los años los convertirían en benditas realidades, al empuje de su pluma inspirada y jugosa! Este es para mí uno de los más singulares valores de su obra sobre *La Ciencia española:* esta profesión de fe literaria, histórica y filosófica que en los albores de su carrera intelectual hace Menéndez Pelayo, y que guardará con una energía, con una perseverancia que no admite el más ligero desmayo o decaimiento en la voluntad. ¿Qué importa que la crítica ignara rodee de silencio desdeñoso la aparición de tantas magistrales obras? Harto se percatará de ello; pero en su grandeza de alma también sabrá sacar partido de este injusto desvío: «el silencio y la indiferencia de la crítica son tales—escribirá en el prólogo del último tomo de las *Ideas estéticas*—que, si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni perturba, imponiéndonos modas y

preocupaciones del momento, como en otras partes suele acontecer. Como apenas somos leídos, libres somos para dar a nuestras ideas el desarrollo y el rumbo que tengamos por conveniente; y quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse a este perpetuo monólogo podrá hacer insensiblemente su educación intelectual por el procedimiento más seguro de todos, el de escribir un libro cuya elaboración dure años (1).» ¡Admirable fortaleza de ánimo, para quien el ruín desapego de las gentes nada vale, ni logra conturbar la serenidad reposada de su alma helénica! Harto sabe él que esta labor austera no conduce, en verdad, al triunfo callejero y ruidoso: pero, en cambio, «importa tanto—nos dirá con frase estoica—para el concierto y buen sosiego de la vida moral.»

V

¿Qué es *La Ciencia española* para Menéndez Pelayo? Sus detractores y contendientes le tachaban entonces de presentarla como una fastidiosa y monótona tiramira de nombres propios y títulos de obras; grosero error, porque al insigne polígrafo le ocurrió con ella fenómeno muy semejante al que él describía en Cervantes con relación a la figura de Don Quijote, esto es, que atraído y hechizado por su resplandor, vió el saber español de los pasados siglos con la súbita iluminación del genio, columbrando de repente el riquísimo contenido que dormía en aquélla. Como el genio también, M. Pelayo columbra y abarca la Ciencia española en una visión sintética y de conjunto, primero; pero que luego penetra en su fondo y se apodera de las leyes distintivas y propias que presiden a esta soberbia expansión del pensamiento español en la historia intelectual del mundo. Y por un fenómeno psicológico, no infrecuente, la obra juzgada y el alma del crítico se confunden y plasman, y las mismas notas que caracterizan a la Ciencia española, hasta hacerla genuína, original e independiente del resto de la del mundo, penetran a su vez en el temperamento literario de nuestro polígrafo y se mezclan y funden con él durante el resto de su labor; algo así como el espejo que recibe la luz purísima del sol, la absorbe y caldéase con ella, devol-

(1) *Historia de las ideas estéticas:* tomo IX, pág. XIII.

viéndola a su vez, si no con igual intensidad, al menos con la misma blancura y transparencia. Para mí, estas notas comunes a la Ciencia española y a su glorioso vindicador y propagandista, son las siguientes:

Ideal religioso.

Nacionalismo literario.

Independencia doctrinal, y

Modernidad y amplitud de visión.

Procuraré desarrollar estas cuatro notas con la mayor concisión posible, para no abusar más tiempo de vuestra benévola indulgencia. Todas cuatro son consubstanciales a *La Ciencia española* y a Menéndez Pelayo. Nuestra Ciencia nacional tiene desde su origen un predominante carácter cristiano: digámoslo más claro y valientemente aún: es franca y plenamente católica. El hecho es innegable; la explicación sencilla por demás. Nuestra nacionalidad se ha formado en los brazos de la Fe. La Cruz señorea toda nuestra historia. Los Reinos españoles se forjan en su lucha contra la morisma con la punta de la espada, pero en su empuñadura se perfila la forma de la Cruz: es todo un símbolo que no nos abandonará ya durante aquellos siglos. La creencia, el espíritu cristiano filtrase hasta lo más recóndito de la vida social española; colorea todas sus manifestaciones; hasta el punto de que el mismo clásico individualismo español parece dimanar de su Fe religiosa, porque para la Teología católica el individuo es antes que la sociedad; definido su origen divino y señalado su fin de ultratumba, a este fin subordinará el creyente todas las fuerzas de la vida. Hay, no obstante, dentro de este feroz individualismo, que durante siete siglos separa y divide en reinos enemigos territorios fronterizos y guerreros de una misma raza, un aglutinante, la creencia religiosa, la comunión en una sola fe, única también que logra la junta y amalgama de tan opuestos y dispersos elementos, raza, lengua, territorio, dinastías, leyes y costumbres, cada uno de los cuales es eficiente por sí mismo para fundar bajo otros cielos estados libres y autónomos, pero que en España la Fe común asociará entre sí hasta constituir un Imperio poderoso: el de Carlos V. La solidaridad entre todos requerida, el universalismo de una misma política y orientación nacional a través de su historia, que es como el fruto de la catolicidad, únicamente por la Fe se alcanza; y desde la Cruz que en Santa Gadea recibe el juramento del Rey

y consolida el principio monárquico, hasta la Cruz que, como signo de su oficio, dibuja torpemente el notario en la escritura familiar, todo, todo, sin restricciones, en la pretérita sociedad española, aparece señoreado por el lábaro de Cristo. ¿Por qué no ha de estarlo también la ciencia española? ¿Cómo siendo ella expresión de la parte más noble del hombre, que es la razón, podrá sustraerse a esta influencia que avasalla a las demás? Nuestra ciencia, será, pues, profunda, intensamente cristiana; y cuando el error luterano rasga la hermosísima unidad espiritual del mundo, y un duelo a muerte se abre entre Roma y la Reforma, la Ciencia no es sino un auxiliar más, uno de tantos cuerpos de ejército en aquel tremendo combate, en que nada ni nadie puede permanecer neutral: política, literatura, filosofía y arte. Para llegar a Lepanto, salvador de la civilización occidental, habrá que pasar antes por Trento. España se convertirá entonces, según la felicísima expresión de Menéndez Pelayo, en una nación de teólogos armados. El lo será también, rezagado y valentísimo, en el curso de los siglo. ¿Cómo? me direis...

Hay una palabra en castellano—permitidme la digresión—que explica clarísimamente para mí cómo este carácter de la España antigua, honda, esencialmente católica, va poco a poco embebiéndose en el espíritu de M. Pelayo, hasta compenetrarse con él y convertirle en un secuaz de Vives, de Suárez, de Simancas o Cano. Las voces castellanas *sentir* y *sentimiento* tenían en el habla de otros tiempos dos acepciones igualmente correctas; una intelectiva, que es *juzgar, opinar, comprender,* y otra sensitiva, *experimentar un placer o un dolor*. De ambas acepciones la más usual hoy día es esta última, aun cuando la primera fuese la preferida por nuestros castizos escritores, Lope de Vega, Suárez de Figueroa, los místicos, etc. Cuando Carlyle nos dice sutilmente «que para conocer de veras una cosa hay que amarla antes, hay que simpatizar con ella», confirma sin quererlo esta teoría, que lindamente adelantó también uno de nuestros más regalados místicos, Fr. Juan de los Angeles, en estas dulces palabras: «Es gran maestro el amor; sábese mucho más amando que revolviendo libros y frecuentando las escuelas» (1). No comprenderemos bien, por tanto, la España antigua, concluyamos nosotros, si antes no sabemos

(1) *Dialogos de la conquista del... reino de Dios.* Madrid, 1595, dialogo VII, § XIV.

amarla, como el amor a su vez nacerá de su comprensión, de su *sentimiento,* voz, en fin, que en la suma de sus dos acepciones viene a darnos la visión completa, cabal, de la cosa amada en lo íntimo de nuestra conciencia.

Menéndez Pelayo practica y demuestra esta teoría psicológica a maravilla; su enorme saber, su vastísimo conocimiento le llevan a percibir como ninguno todo el valor cristiano de la Ciencia española, y cuando *se ha hecho todo con ella,* como decían nuestros místicos, con ella se mezcla y se confunde; es como la esponja sumergida en el vaso que conservando su forma substancial se empapa hasta lo más recóndito de su ser en aquel catolicismo integral que informa la vida científica española; y cuando sus enemigos intentan avergonzarle con los títulos, entonces y aún ahora tan temidos, de *neo-católico, inquisitorial, reaccionario y defensor de instituciones bárbaras,* etc., levantará su cabeza para exclamar con gallardísimos acentos: «Sí; soy católico, no nuevo ni viejo; sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, como toda la España histórica, fértil en héroes, santos y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios... y comprendo y aplaudo y hasta bendigo la Inquisición como fórmula del pensamiento de unidad, que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos». Paladina y hermosísima confesión que años después acentuaba en el famoso brindis del banquete celebrado en honor de los catedráticos extranjeros con ocasión del centenario de Calderón: «Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, que es el *substratum,* la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura, de nuestro arte. Brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos, nosotros, los que sentimos y pensamos como él; los únicos que con razón y con justicia y derecho podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español, católico por excelencia; del poeta de todas las intolerancias e intransigencias católicas; del poeta teólogo, del poeta inquisitorial, a quien nosotros aplaudimos y festejamos y bendeci-

mos...» (1) En estas gallardísimas declaraciones, que de haberse pronunciado fuera de España y en labios de un extranjero resonarían por su rotundidad con la fama mundial del *Himno* de Carducci o el *Credo* de Annunzio, no quiero que veais ahora su aspecto doctrinal ni apologético, que no es propio de esta cátedra ni de esta conferencia; mirad tan solo el incomparable valor personal que revelan en Menéndez Pelayo, lo arraigado e íntimo de la convicción, y la lección viril de dignidad y carácter que con ellas nos legó, en esta nuestra era de las máximas cobardías colectivas e individuales, de modo que nunca sintamos en la vida empacho o nos arredre el temor para confesar a la faz de todos nuestras propias ideas, cuando un alto y puro móvil las inspire.

Pero adviértase a continuación—y es la segunda de las notas que bosquejo —que esta profunda creencia religiosa no repugna ni contradice a la briosa independencia científica que durante el transcurso de toda su historia resplandece en *La Ciencia española*. Lo que enamora y cautiva en la historia del pensamiento español, y singularmente en el siglo de su mayor originalidad y pujanza, como lo fué el XVI, es que el acatamiento a la fe, la sujeción al dogma, no estorbe al libre ejercicio de la razón, y que a la luz de las llamas de los mismos Autos de fe puedan escribirse tratados monumentales, en que se elucidan las más abstrusas cuestiones metafísicas. La fórmula de esta armonía entre el dogma y la razón la dará el Brocense con aquellas palabras sabidísimas de su famoso proceso: declarando que «sólo cautivaba su entendimiento en las cosas que son de fe», arrojado concepto que sustancialmente repetirán en sus libros Fox Morcillo, Pereira, Caramuel, en suma, cuantos no rindan parias al peripatismo clásico o disientan del escolasticismo reinante a la sazón. Toda la historia de la Ciencia española está llena de ejemplos de esta santa y hermosa independencia de juicio, que humilla su cerviz ante el dogma, pero que fuera de su radio reconoce y propugna los legítimos fueros de la razón. El espíritu que los dicta es el mismo que alienta en el *Parecer* de Melchor Cano a Felipe II en su guerra con Paulo IV, y conste que Melchor Cano es uno de los más formidables y ortodoxos teólogos de su época: a Felipe III, el Piadoso,

(1) Apud. Bonilla: *Marcelino Menéndez Pelayo* (1856-1912). Madrid 1914, páginas 209-210.

prohibiendo la entrada en España de un tomo de los *Anales eclesiásticos* del Cardenal Baronio, por poner en tela de duda los derechos de España a los Reinos de Nápoles y Sicilia; a los mil despachos de nuestros Reyes a sus Embajadores en Roma defendiendo con todo tesón los intereses de España en Italia frente al Poder temporal del Papa; a Mariana en su resabidísima teoría de la licitud del tiranicidio; al P. Agustín de Castro sosteniendo públicamente la superioridad del Gobierno democrático sobre el monárquico y aristocrático; parejo, en fin, a los acentos con que Cabrera, Miranda, Florencia, Chaves, Torres y otros predicadores hablaban a los Reyes con santa libertad, sin temor alguno, desde el púlpito de San Jerónimo. La independencia científica, aparte las cuestiones del dogma, estaba entonces plenamente asegurada. Por eso Menéndez y Pelayo hace propio y ostenta con orgullo el valiente lema de aquellos filósofos hispanos: «Pensadores independientes y ciudadanos libres de la república de las letras». Si la decadencia viene después, no es por falta de libertad. «Hoy--dice Menéndez Pelayo--gozamos de una absoluta libertad científica, y sin embargo, nuestra decadencia cultural, tributarios de todo lo extranjero, no puede ser más desconsoladora y lastimosa. Habrá que buscar otras causas que la manoseada intransigencia religiosa». A nuestros futuros historiadores toca esta compleja y necesaria labor.

La tercera nota de esta misma Ciencia española, incorporada también al pensamiento de Menéndez Pelayo, es el nacionalismo literario. ¡Atractivo tema, en verdad, para discurrir sobre él con holgura! ¡Qué sensación tan viva recibo siempre que en los libros antiguos de historia y política del siglo de oro veo llamar *naciones* a lo que hoy nuestro bárbaro lenguaje administrativo denomina *provincias! ¡Provincias!* ¡Como Roma apellidaba a sus colonias! En cambio, tóquese el hondo sentido recia y lógicamente histórico que tiene por ejemplo un Diego de Mesa, cuando en su libro de las *Grandezas de España,* impreso a fines del siglo XVI, describiendo la Universidad de Salamanca, decía: «Los estudiantes que en ella cursan son de todas las *naciones de España:* andaluces, extremeños, portugueses, castellanos, gallegos, leoneses, asturianos, vizcaínos, navarros, aragoneses, valencianos y catalanes» (1). Menéndez Pelayo es asimismo un conven-

(1) *Primera y segunda parte de las grandezas y cosas de España.*—Alcalá de Henares, 1595, folio 224, vuelto.

cido nacionalista, en el sano y recto sentido del vocablo: primero, porque en él la ternura y el corazón, prendas de su nobilísimo espíritu, le llevan por instinto a amar lo castizo y vernáculo, y no olvidemos que para nuestro Diccionario de Autoridades—suprema y vieja autoridad filológica,—la nacionalidad consiste en la *afección,* afección a lo que es suyo o debe serlo que cada nación siente y encierra en sí: y luego, porque su admirable conocimiento de la Historia de España le ha enseñado además que nunca fué más grande que cuando los *particularismos,* de que abominaba Cánovas, tejían entre todos la unidad nacional; por eso, al proponer en este libro de *La Ciencia española* las soluciones y remedios convenientes para su restauración, no quiere que aquellas seis cátedras, antes citadas, se establezcan todas en Madrid, ni que se agreguen a la Universidad Central, sino que se repartan y distribuyan por todas las provincias universitarias: «pues no parece justo que Madrid disfrute de todo género de ventajas y preeminencias, antes conviene vigorizar—agrega—el espíritu provincial en donde quiera». Y cuando dos años antes de su muerte da rienda suelta a su pluma, tan sobria y refrenada siempre para toda expansión oratoria, y nos traza en párrafos de cálida y entusiasta elocuencia aquella inmensa explosión de amor patrio, que como por ensalmo surgió de un pueblo aletargado pero viril en los comienzos de la guerra de la Independencia, todavía fustigará con nerviosa frase «el yugo servil del centralismo exótico» (1) importado de Francia dos siglos antes. Por eso, no habrá conato o asomo de liteturara regional que él no avive y estimule con el prestigio y autoridad de su pluma, porque como él dirá en 1888, dirigiéndose a la Reina Regente en Barcelona, con palabras muy poco conocidas en defensa de la conservación del catalán, «las lenguas, signo y prenda de raza, no se forjan caprichosamente, ni se imponen por fuerza, ni se mandan por ley, ni se dejan ni se toman por voluntad, pues nada hay más inviolable ni más santo en la conciencia humana que el nexo secreto en que viven el pensamiento y la palabra». Y cuando muere, su soberbia biblioteca, amor y esfuerzo de su vida, quedará legada a la ciudad natal, Santander «*mi patria*» dirá él—en su testamento, dando a esta voz la restringida significación que antaño tenía, más

(1) *Cuatro palabras sobre el Centenario de Balmes.* Vich, 1910.

reducida, más local, más *nacionalista,* en fin, que la general y extensa que hoy impera.

Hay, por último, en esta visión de la Ciencia española por Menéndez Pelayo, una amplitud, una modernidad de comprensión ejemplares y admirables. Para él, la verdad no tiene fronteras ni la belleza es patrimonio privativo de ningún pueblo. Nadie podrá acusarle de exclusivismos de campanario. Si propugna y exalta el pensamiento español, hácelo porque cree, y cree bien, que antes de ponerse a estudiar a los extraños, debemos primero conocernos a nosotros mismos. Para ello, se proveerá de los instrumentos adecuados, que son las lenguas, y desde las clásicas latina y griega que profundiza a maravilla, hasta las principales europeas, todas son como las llaves que le abren los tesoros escondidos del humano saber, las alas ingrávidas que le remonten a los espacios ideales de la Filosofía, de la Literatura y de la Historia, intentando apagar en ellos aquella sed suya, nunca saciada, de nuevos libros, doctrinas y sistemas.

También nuestros sabios de antaño procedían así. Y no solo los doctos, Antonio Agustín, León, Sánchez, Valencia y tantos otros, sino los mismos literatos. Cuando Lope de Vega mozo vende las galas de su amante Dorotea, ante el enojo de su madre que supone son alimento de la pasión del juego en Lope, discúlpale la moza observando: «dice que es para darte el dinero que juegues, como si tú jugases, siendo tu mayor vicio libros de tantas lenguas» (1). Ansia de saber en Menéndez Pelayo que le llevará con los años a aquellos estudios suyos sobre la *Poesía hispano americana*—su obra favorita—al portentoso cuadro del romanticismo francés, desdichadamente inacabado, a tantos y tantos más de literatura comparada, saturado de *humanismo*, en la acepción amplia, universal del vocablo, que, como Terencio, nada de lo que al hombre atañe le es como tal indiferente.

Todas estas cuatro notas dominantes y características de la Ciencia española, tan someramente analizadas por apremios del tiempo, se funden en el pensamiento de Menéndez Pelayo en un armonismo sincrético (2), que, sin alistarle por exclusivo a ninguna escuela determinada, le emparejan y asocian con todas, al modo y como todas también lo están en España, encadenándose unas con otras hasta

(1) *La Dorotea:* Acto I, escena V.
(2) Bonilla: *M. Menéndez Pelayo,* op. cit. pág. 158.

crear una verdadera tradición científica. Porque para su benemérito restaurador la Ciencia española es una concepción orgánica y viva que palpita y alienta en todos los siglos, y cada uno de sus latidos engendra ora una escuela definida, ora esos atisbos, intuiciones y adelantos de otras famosas extranjeras, que si por desgracia no llegaron en España a completa sazón, probaron no obstante, cuán en lo cierto estaba autor tan poco sospechoso como Renan, cuando decía que España fué nación tan libre y tan filosófica en el fondo como cualquier otra, con libertad interior que gustaba de pensar libremente en los calabozos y en las hogueras». Y añadía: «El hombre que tiene razón, es siempre libre». ¡Hermosa libertad científica que campea y resplandece asimismo en estas páginas imperecederas de *La Ciencia española.*

VI

Pocas palabras para concluir. El libro de Menéndez Pelayo, *La Ciencia española,* es la primera afirmación, el verdadero manifiesto del apostolado de su vida. En sus tres tomos se encierra la idea directriz de su futura labor intelectual. Todas sus páginas convergen en el ideal forjado por su cerebro y caldeado en su corazón: probar que hubo pensamiento científico español, genuino, vigoroso y no interrumpido a través de los siglos. Un fuerte imperativo en amor a este ideal—Farinelli lo ha dicho (1)—le impulsa a escribir volumen tras volumen, cada uno de los cuales es como una batalla ganada que le acerca a su posesión. Breves y raros son los momentos de descanso, que es la mies copiosísima, larga la jornada y la vida del hombre como sombra de nubes que pasan sobre la tierra: pero estos leves momentos le servirán también para levantar los ojos de vez en cuando contemplando el campo de batalla que le rodea: ¡cuán pocos auxiliares encuentra a su lado, y con qué desdeñoso silencio, cuando no enconada contradicción, reciben las gentes sus heróicos esfuerzos para revivificar el pensamiento nacional y rescatar a España de la servidumbre extranjera! Con todo eso, nunca trasluce el más liviano enojo; nada de ello logra tampoco hacer mella en su ánimo imperturbable, que dice *¡adelante!* siempre, y no desmaya jamás en la tarea

(1) Farinelli: *Ensayos y discursos,* op. cit. pág. 175.

emprendida. Pero vienen los años de la plena madurez, en que el juicio se aquilata y acendra, y en que los ojos de la razón penetran más aguda y sutilmente en el alma de las cosas y personas que le rodean, y éstas se muestran abiertas, descarnadas, desnudas de tanto ropaje artificioso como las encubre, y un acre y amargo pesimismo se va levantando poco a poco del fondo de su alma e impregna las cuartillas de sus últimos escritos con tintes y visos de mortal melancolía. Ya no es el mozo generoso que en los albores de la mocedad entona cantos magníficos a la reciedumbre, al valer, a la fortaleza de España, íntimamente persuadido de sus destinos inmortales; es el filósofo triste, desengañado, que siente la propia soledad y la inadaptación de su espíritu egregio al plebeyo ambiente social en que labora y sueña, y hasta que carea los esfuerzos ímprobos de tantos años con los que él reputa pobres resultados. Todavía en las recepciones académicas, en los prólogos y semblanzas de algunos de sus discípulos se complace y conforta; son hijos de su espíritu, continuadores preclaros de su obra; Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Bonilla y otros. Pero estas fugaces alegrías no logran arrancar aquél íntimo desconsuelo, aquel amargo pesimismo que transciende hasta su alma el espectáculo de las miserias nacionales. Llega el término de la vida y la conmemoración del Centenario de Balmes dale ocasión para trazar en pocas líneas uno de los cuadros más tétricos, más sombríos y desesperanzados que puedan escribirse de la España presente. Hablando yo de ello con el malogrado Bonilla pocos meses después de muerto el Maestro se lo señalaba como su verdadero testamento espiritual. Pocas veces leo aquel párrafo, en el ejemplar que cariñosamente me dedicó, que no sienta a la vez el nervioso escalofrío de las grandes emociones: en su broncíneo y esculpido estilo parece que las palabras vienen empujadas por uno de aquellos tres vientos glaciales que Dante florentino desata en el canto postrero de su *Infierno*. Todos las recordaréis:

«Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu que es el único que ennoblece y redime a las razas y a las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece a cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo

contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja a los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía.»

Mas advertid que en medio de cuadro tan lúgubre y siniestro, que parece contradecir toda la obra anterior de Menéndez Pelayo, henchida de serenidad y optimismo, junto al implacable diagnóstico, señala también la medicina, el único remedio que puede sacarnos de nuestra miseria y engrandecer de nuevo a España; la fórmula es sencillísima, sus palabras contadas: ya las habéis escuchado: «cultivar el propio espíritu, que es *el único* que ennoblece y redime a las razas y a las gentes».

Cuando yo contemplo desde el humilde rincón de mi propia pequeñez el espectáculo de la España actual, y veo a las gentes alborozadas y orgullosas porque se cubre tantas veces este o el otro empréstito, porque aumenta la recaudación del Fisco, en suma, porque son cada día más espléndidas y brillantes las manifestaciones de la riqueza material y grosera, evoco las palabras de Menéndez Pelayo y tristemente digo para mí: «eso no es cultivar el propio espíritu: eso es poner la parte más noble y alta del hombre, la participación en la lumbre increada de Dios, que es la razón, el cerebro, al servicio y vasallaje de la más baja, que es el estómago, la sensualidad y comodidad de la vida; y frente a aquella España de antaño que añoró Menéndez Pelayo, entregada por entero al culto y defensa de un levantado ideal, veo ahora un anhelo insensato de materialización de la vida, que empuja vertiginosamente a las generaciones de hoy a perseguir con frenesí las riquezas, encadenando en una nueva esclavitud al carro triunfal del Becerro de oro a tantas y tantas inteligencias despiertas y nobilísimas, mientras Revistas y Sociedades literarias se extinguen, nuestros tesoros bibliógraficos emigran a lejanos países, y los mismos estudios graves, fundamentales y austeros languidecen o aparecen tocados de aquella enfermedad que hace bastantes años señalaba ya Menéndez Pelayo, como determinante también de nuestra decadencia cultural: a saber, *la falta de desinterés científico*. Y ¡cuán torpe error! Unicamente el espíritu es el que magnifica a los pueblos y los hace idóneos para el cumplimiento de sus seculares destinos. Las riquezas por sí solas nada pueden. Roma,

Bizancio nunca fueron más opulentas que en la hora trágica de su ruina. Sin espíritu propio los pueblos ricos son como esas momias faraónicas que exhuma la arqueología moderna, cubiertas de inapreciables y estupendas joyas, y encerradas en triple caja de oro: tumbas al fin que guardan un moharracho avellanado, frío, inerte. Al mundo le mandan aparentemente las riquezas, pero aparentemente tan solo, porque a la postre quienes le conducen y gobiernan son las ideas. Y las ideas son fruto sazonadísimo y jugoso de la Ciencia. Cultivar, pues, el propio espíritu para lograr una Ciencia nacional, engrandecer por ende a España. ¡Cuán hermoso programa!

Ésa fué, Señores, y aquí termino, la hermosa e íntima aspiración de Menéndez Pelayo en este libro peregrino de *La Ciencia española,* cuyas características notas, tan desmañadamente os he bosquejado esta tarde. Por eso sin duda cifró en su título los dos grandes amores que, con la Fe cristiana, sublimaron y engrandecieron su alma nobilísima: LA CIENCIA, madre de la verdad, y ESPAÑA, que fué su patria y nuestra patria común.